

## Lo anticipable y lo inesperado

*Daniel Gil\**

Si el hombre es el único ente que se pregunta por el ser es también cierto que este ente se pregunta por su propio ser. Pregunta esta que si bien tiene sus antecedentes, por ejemplo, en la propia indagación cristiana de la culpa, recién aparece con todo su relieve a partir de Descartes, quien intenta de una manera nueva y original, encontrar el punto de certeza para fundar la existencia “amenazada” por la pregunta: “¿quién soy?” y “¿qué soy?”.

Tal vez la ilusión del poder de la razón fue a la par con la ilusión de la diafanidad de la conciencia para captar el ser del ente.

En el encuentro de la modernidad entre el romanticismo y la ciencia positiva se abre una brecha para la cual ni la filosofía, ni la psicología, ni las ciencias de la naturaleza podían dar respuesta. En ese resquicio es que Freud aporta la creación de una nueva ciencia que, con el inconciente, rescata esa oscura zona de hombre que el romanticismo había trascendentalizado, que la psicología desconocía y que la psicofísica había reducido.

El descubrimiento freudiano, inseparable del análisis original, es una experiencia personal que trasciende hacia elaboración científica con la creación de un nuevo campo del saber inédito hasta entonces.

Más allá de la lucha empeñada con la oposición externa y con las desviaciones internas, el psicoanálisis se fue imponiendo y en el momento en que el núcleo original, fuente y motor de la experiencia, parecía decaer, el mismo Freud realiza otro salto de gigante, no sólo para reencauzar el camino sino, también, para profundizarlo. Y así crea la segunda tópica que desentraña las poderosas e infatigables ilusiones del hombre y la humanidad.

---

\* Av. Luis P. Ponce 1433, Tel. 780996, Montevideo.

Paso definitorio, aunque no definitivo, ya que allí el psicoanálisis se afirma y pasa a ser una ciencia reconocida y “aceptada”, aunque esto la enfrenta a nuevos peligros de neutralización de su experiencia radical. Y los peligros que la asedian e invaden se encuentran en la autosuficiencia (deja de ser interpelada por otras disciplinas y comienza a autoabastecerse); o se desvía en el campo de “consolidación” del yo, cuando éste era para Freud un triste payaso o un simple vasallo, operándose un viraje de la subversión a la adaptación.

Desde las décadas del 50 al 70, el papel del psicoanálisis en el campo de la cultura, sobre todo en Francia, cambia sustancialmente pasando a ser una suerte de referente obligado de otras disciplinas (filosofía, sociología, antropología, literatura, etc.). Posición privilegiada que condujo a cierta soberbia en la medida en que se perdía la dimensión del diálogo sustituyéndose por la de referente.

En la década del 80 se produce un cambio en el panorama, y no sólo en el del psicoanálisis. La ideología de la muerte de las ideologías también lo alcanza, pasando de autosuficiente y referente a pobre entenada, hija bastarda, venida a menos.

De allí nuevas tentaciones y peligros: desviaciones etologistas, conductistas, biologists, que, ante la pluralidad de teorías psicoanalíticas, parecían ofrecer una base “científica», a este campo del saber tan poco sólido.

Es aquí que inserto el trabajo de Marcelo Viñar como punto de reflexión imprescindible para resituarnos como psicoanalistas. Y para ello Marcelo recurre a un procedimiento que me parece fundamental cual es el de redefinimos con respecto a la experiencia radical del psicoanálisis.

Quiero decir que más allá (o acá) de las teorías intenta decirse y decirnos cuál es el elemento básico, auténtico, específico y genuino que de Freud a cada uno de nosotros nos atraviesa en la práctica analítica como analistas, como pacientes.

Y queda claro allí que esa experiencia tiene que ver con algo de lo inesperado, inaudito, intolerable, que provoca un disturbio fugaz, pero impactante y revelador, en el discurso, y que aparece con una dimensión de verdad, articulable con el saber (la episteme psicoanalítica), pero no reductible a él en su totalidad, aunque ésta sea

instancia Imprescindible para la creación de un campo donde la verdad emerja. Dicho en otros términos: la articulación entre lo anticipable y lo inesperado, ya que existe “un más allá del principio del placer» que, obviamente, no es el campo de la realidad ya que para Freud la realidad es la forma en que el placer logra obtener una satisfacción, aunque más no sea a costa de transacciones. Y, en todo caso, el campo de las ciencias forma parte del campo de la realidad, aunque sólo lo cubra en parte. El “más allá...” es la gran audacia freudiana en que se restituye a un centro algo esencial de la experiencia psicoanalítica que la primera tópica no contemplaba y que el movimiento psicoanalítico estaba diluyendo.

Desde luego que se podrá decir que en toda ciencia existe tal articulación entre lo anticipable y lo inesperado, pero lo primero a tener en cuenta es que en psicoanálisis esto es propio de la experiencia y no de la experimentación: “el único criterio de validación (en psicoanálisis) es el *a posteriori*”. La emergencia de lo inesperado, en su fulguración efímera, si bien se puede elaborar en la teoría, y este es un punto imprescindible en la teorización científica psicoanalítica, nunca es totalmente reductible al campo del saber.

Por otra parte el “objeto” de esta ciencia, al igual que todas las ciencias humanas, nunca se puede lograr con la reificación del objeto, sino en el reconocimiento de que todo el psicoanálisis se desarrolla en la dimensión dialógica, donde un texto remite a otro texto que lo afecta, lo compromete, lo determina, y es en esta intertextualidad en que algo de un sentido inesperado va a aparecer como verdad.

Marcelo acentúa esta presencia inquietante, asombrosa, terrible, a veces siniestra, expresión de una fuerza irracional, aunque el término irracional no me parece el más feliz ya que todavía está impregnado por categorías heredadas del iluminismo y de la filosofía y psicología centradas en la conciencia. Esto “irracional» no significa que no tenga su lógica propia y no deje de pertenecer al logos (discurso). Y esa zona opaca, zona de franja, de borde, es la que está ah presente en la práctica psicoanalítica, y la atención flotante es justamente la atención más concentrada a eso, y si no lo es no es psicoanálisis. Es lo que (se) dice (sin quererlo y sin saberlo), lo que se tiende hacia mí, en tanto analista. Y lo que atiendo, en tanto el otro allí presente. Pero no es el paciente quien dice sino que algo se dice en el paciente, “cuando el sujeto (ya) no es amo de sus pensamientos sino esclavo de sus apariciones». Tampoco es a mí en tanto el simple

otro-prójimo a quien habla, sino yo investido en el juego transferencial, “ese ámbito de locura convenido entre dos», oficiando en el plano imaginario y simbólico.

El problema ha sido, y sigue siéndolo, el de cómo transmitir esa experiencia fundamental, cómo teorizarla. Esta dificultad, intrínseca del psicoanálisis, es una de las causas de la coexistencia, más o menos feliz o babélica, cuando no bélica, de las diferentes teorías. Marcelo habla de la necesidad de “mantener una tensión y un intervalo entre la ciencia y la verdad consensual, para decirse como sujeto, en su capacidad de tener una palabra propia”. Preferiría hablar de saber consensual (campo de la episteme) en lugar de verdad. Pero no podemos más que reconocer la tendencia totalizante-totalizadora-totalitaria del pensar humano, ya que siempre estamos amenazados por la “distorsión del pensar que comporta el someterse a la tríada de la Religión, Autoridad y Tradición”.

Y cuanto más afincados estemos en la posesión de un saber, de una teoría que es la justa y la única, creo que más tenderemos a concebir lo inconciente como continente alforja. que no hay más que hurgar para extraer de él la verdad, pronta allí para ser develada por la sabia mirada del analista, con la consiguiente ilusión del poder curativo, y menos «los cambios en el análisis se definirán por el acceso a un nuevo discurso que habilita a un reordenamiento de posiciones subjetivas», es decir que más se ubicarán en una resolución del conflicto (curación), que en su reformulación, donde la cura (si la hay), vendrá por añadidura.

Tal vez esta torre de Babel, que parece ser el psicoanálisis en la actualidad, sea también el “castigo” por la omnipotencia que a veces nos invade al olvidar la dimensión de lo incognoscible (ombligo) que está en la raíz del psiquismo humano.

Creo que es y será muy difícil escapar a esta polifonía, o mejor, cacofonía que existe en el des-concierto teórico del campo psicoanalítico. Y no podemos, ni sería deseable, salir de él para caer en un discurso monolítico sino, más bien, entender lo que el otro procura decir con su elaboración teórica, sin tener la ilusión de llegar a un día de Pentecostés en que todos, de una manera casi angélica, “hablemos lenguas”. Porque la elección, adhesión, preferencia, por una u otra teoría no está sólo definida por la referencia científica que nos aporta, sino que las teorías nos atraviesan desde nuestra propia historia, sin olvidar las luchas por el poder y el prestigio que son pan nuestro de

cada día en las instituciones, y desde luego, no sólo las analíticas.

Propio de Marcelo este trabajo, en su planteo y su estilo que no rehuye la polémica, ni procura una edulcorada conciliación ecléctica. La definición del núcleo fundamental de la experiencia psicoanalítica es radical y marca puntos de desencuentros inconciliables que, en buen estilo freudiano, sería el de seguir la máxima de no empezar a conciliar en las palabras porque terminaremos conciliando en los hechos, diluyendo el psicoanálisis. Lo que no quiere decir que el psicoanálisis no sólo pueda sino que —deba, dialogar con otras disciplinas de las ciencias humanas (filosofía, historia, literatura, antropología, etc.), y de las ciencias fácticas (etología, biología, neurociencias, etc.) sin perder su especificidad con ilusiones reduccionistas.

Para terminar, sin pretender agotar la oportunidad y la riqueza de este trabajo, me doy cuenta, al poner el punto final, que este texto, más que un comentario, es la prosecución de un diálogo, —ininterrumpido desde hace ya muchos años, con Marcelo Viñar.

*Mborayú*

*Enero 1991*